

# POLÍTICA, MORAL Y CARICATURA EN *EL AMIGO MANSO*

## POLITICS, MORALITY AND CARICATURE IN *EL AMIGO MANSO*

Francisco J. Quevedo García

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

### RESUMEN

Uno de los temas principales de *El amigo Manso* es la educación. Máximo Manso, su protagonista, es catedrático de filosofía e intenta transmitir sus ideales a sus discípulos, sobre todo a los jóvenes Irene y Manolito Peña. Sin embargo, estos cambian los ideales de su maestro por el amor y una vida mucho más terrenal, en la que tiene una importante función la política, el otro gran tema de la novela. Galdós, a través de la ironía, denuncia la inmoralidad en la política. Para ello se basa, principalmente, en la figura de José María Manso, el hermano de Máximo que, recién llegado de América, decide dedicarse a la política. La caricatura, entonces, surge en el texto como un medio muy eficaz para la crítica. El humor es utilizado para analizar con severidad a los políticos de la España de la Restauración borbónica.

PALABRAS CLAVE: Galdós, novela, política, moral, caricatura.

### ABSTRACT

One of the main themes of *El amigo Manso* is education. Máximo Manso, the book's protagonist, is professor of Philosophy. He tries to transfer his ideas to his disciples, especially Irene and Manolito Peña. Nevertheless, they change their teacher's ideas for love and a more earthly life, in which politics has an important function, the other great theme of the novel. Galdós, through irony, denounces immorality in politics. This is mainly based on the figure of Jose Maria Manso, Maximo's brother, who recently arrived from America, decided to devote himself to politics. Caricature, then, appears in the text as a very effective means for criticism. The humor in *El amigo Manso* is used to analyze with severity the politicians of the Spain of the Bourbon Restoration.

KEYWORDS: Galdós, novel, politics, moral, caricature.

### PREÁMBULO

En un siglo tan convulso como el siglo XIX es prácticamente imposible que los escritores no estén identificados, de un modo u otro, con la política. Con más ahínco, si cabe, al tratarse de un autor tan comprometido socialmente como Galdós que, incluso, ejerció como diputado en las Cortes. Galdós, por tanto, creyó en la política, en el parlamentarismo, como la vía para alcanzar las mejoras legales necesarias para el cambio hacia la sociedad liberal por la que luchó desde su juventud. Bien es cierto que siempre huyó de imposiciones generales haciendo uso de una inequívoca libertad de juicio basado en sus convicciones personales. Rodríguez Batllori apunta: «no sería Galdós el patriota que medularmente era, si hubiese propugnado cualquier alternativa política frente a una fórmula equilibrada (...) Su concepto de la justicia no podía aceptar lo que de caprichoso y arbitrario tienen las ideologías partidistas» (1969, 95-

96). Por otra parte, Gallego y Alonso, frente a la controversia que genera la consideración de Galdós como político —Berkowitz (1948), Hinterhauser (1963) o Fuentes (1982)— apuestan por la idea de la dualidad intelectual-política en el escritor: «El modelo de la “comunicación participación” es la defensa de la doble militancia intelectual y política. Puede ser una “colaboración institucional” o una “colaboración partidaria” desde la reflexión teórica o desde la acción práctica» (1995, 115).

Tan consciente es de la importancia de la política que abomina de aquellos que se acercan a ella con propósitos ilícitos. Por ello la inmoralidad en este ámbito es juzgada severamente en su obra, como observamos en *El amigo Manso*<sup>1</sup>. La severidad que muestra nuestro novelista se conjuga con su constante uso de la ironía, formando un conjunto caricaturesco, sobre todo en torno a la figura de José María Manso, que encarna en mayor grado participativo el paradigma de político inmoral. Ante estos considerandos, abordar *El amigo Manso* desde el prisma político, moral y caricaturesco que lleva a cabo Galdós, lo estimamos extremadamente relevante y aleccionador en la España actual.

La consideración de *El amigo Manso* como texto político ha sido ampliamente analizada por la crítica galdosiana. Julio Rodríguez Puértolas así la definía en uno de sus trabajos más conocidos sobre esta obra, «*El amigo Manso*, novela política» (1982). Sin ir más lejos, el epígrafe «Retórica de la transacción», de la magnífica edición de Francisco Caudet en Cátedra (2001), es una pieza crítica fundamental en esta línea temática de la política en la creación galdosiana. Del mismo modo, también esta crítica se ha detenido con atención en la denuncia que sobre la base de la inmoralidad lleva a cabo el autor canario hacia un modelo de quehacer político encarnado con mayor dedicación en la figura del hermano de Máximo, el indiano José María; pero también evidenciable en los parásitos de las Cortes Ramón María Pez, Federico Cimarra, García Grande, así como en Manuel Peña, el otrora prometedor alumno del catedrático Manso que vira su rumbo hacia una prometedora carrera parlamentaria. El término parásito no está escogido al azar, ya Joaquín Costa había identificado de tal guisa al aparato político: «Las clases dirigentes moralmente fracasadas, gobiernan para sí mismas y no para el país (...) Costa saca la conclusión de que en realidad se han excluido de la comunidad nacional, han dejado de ser una parte del todo orgánico para convertirse en un cuerpo parásito.» (Maurice y Serrano: 1977, 155). La política es la piedra angular, pero en esta tramoya se adhiere el eje de la conducta moral y la caricatura como demoledora técnica expresiva.

---

<sup>1</sup> Todas las citas de la novela en este trabajo están recogidas de la edición de Francisco Caudet, en Cátedra, de 2001.

«AHORA QUE LA FE NACIONAL PARECE ENFRIADA Y OSCURECIDA»

Como *La fe nacional* se intituló el famoso discurso pronunciado por Galdós el 9 de diciembre de 1900, en el homenaje que le tributa la colonia canaria en Madrid con motivo de la publicación de *Las bodas reales*, que completaba la tercera serie de los *Episodios Nacionales*. La comisión organizadora publicó un folleto bajo el rótulo de *Recuerdo del banquete celebrado por la colonia canaria de Madrid en honor de su insigne compatriota*, como se señala en la portada; sin embargo, en las tapas se ilustraba con la inscripción *Entre canarios. Homenaje a Benito Pérez Galdós*. La alocución fue breve, no supera las cuatro páginas; pero de una contundencia y de una claridad tal que se convierte en una viga central de la condición patriótica del escritor. Varias veces insiste, cual una arenga, en la fe en la nación, de ahí el título que adopta. España es su patria, no existen ambages. Justo en el comienzo de un nuevo siglo que deparará grandes transformaciones, el homenajeado enlaza la querencia a las Islas Canarias, su archipiélago de origen, para extenderla al «hogar nacional»:

Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica<sup>2</sup> para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor de la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes, llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia (1973, 16).

Ya en *Trafalgar* había establecido un manifiesto sobre la patria que queda como determinante declaración de intenciones de los *Episodios Nacionales*: «Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria (...) Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos» (1987, 76-77). En cualquier caso, sea a través de Gabriel Araceli, sea en cuerpo y alma ante sus paisanos, Galdós expone una inequívoca preocupación por España que, no solo es su patria, sino el principal factor temático de su producción literaria. Montesinos escribe sobre *El amigo Manso*: «Hay excelente sociología bajo la trama de esta novela. Sin tesis aparentes, o tesis que se prediquen a voz en cuello, la crítica a aquella España nada deja que desear en acuidad y dureza». (1980, 34). En general, detrás de toda su obra late «el problema de España», que se

---

<sup>2</sup> Las Islas Canarias vivían tiempos complicados, entre otras razones porque habían sido protagonistas directas de la guerra de España contra los Estados Unidos. El afán expansionista de la nueva potencia americana se extendía más allá de Cuba y de las colonias en el Pacífico: «Las Canarias habían pasado dos años antes por el peligro de la guerra con los Estados Unidos; y al terminar el tratado de París con nuestros últimos retazos coloniales, las Islas volvieron a sonar en esferas parlamentarias y en las cancillerías. Las grandes potencias comenzaban su caza de bases estratégicas, y el Archipiélago era objetivo de gran valía» (Armas Ayala: 1973, 9).

encauza desde muy pronto en nuestra literatura. «Miré los muros de la patria mía», encabeza el imponente soneto de Quevedo sobre la decadencia que en el propio imperio del siglo XVII se experimentaba y dolía. El Padre Feijoo escribe en su «Amor de la patria y pasión nacional»: «Busco en los hombres aquel amor de la Patria que hallo tan celebrado en los libros: quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, virtuoso, y no le encuentro» (2002, 96). Larra corona el penoso padecimiento de ser español: «Si me oyen me han de llamar *mal* español porque digo los abusos para que se corrijan, y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo *ama a su patria* aquel que con vergonzoso silencio o adulando a la ignorancia popular contribuye a la perpetuación del mal...» (1967, 112).

Estas líneas suscritas por Fígaro son suficientemente elocuentes para identificar el camino del compromiso crítico con la patria que también recorrerá, con otros parámetros biográficos por supuesto, el escritor canario. Liberal en un siglo donde esa noción supone estar subido en un movimiento de transformación sin par en los siglos anteriores, Galdós fue un autor de época. Hoy en día, cuando la profesionalización de la literatura, amén de otras posturas acriticas, está alejando a los escritores de la primera plana de la actividad sociopolítica, puede resultar extraña o desmedida la vinculación de los autores del XIX con el apasionante proceso histórico en el que también ellos fueron protagonistas, a través de sus textos y en la mayoría de los casos con una participación activa en el ámbito político. Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, Emilia Pardo Bazán, Clarín, Alejandro Sawa, López Bago, Joaquín Dicenta, Luis Coloma, Palacio Valdés, Vicente Blasco Ibáñez... La nómina es tan amplia como, por lo general, los autores insertos en el periodo decimonónico, y Galdós no solo no fue la excepción sino que fue uno de los más destacados representantes de esa intelectualidad crítica. Aunque su atracción por el mundo —circo— parlamentario no fuera de su agrado, su responsabilidad patriótica lo llevo a ser elegido en dos ocasiones, en 1886 por el Partido Liberal, y en 1910 por la Conjunción Republicano-Socialista.

El siglo XIX arrancó en España con la guerra de la Independencia y con la Constitución Liberal de Cádiz de 1812, en cuyo artículo 3º se establece que «la soberanía reside esencialmente en la Nación y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales». A partir de aquí la mentalidad fue otra, España entraba en la esfera del mundo moderno; la soberanía no recaía ya en la monarquía, en una sola persona o familia, sino en el conjunto de los españoles. La política era el instrumento necesario para llevar a efecto esos propósitos que, como los hechos demostraron, fue tarea ardua. Galdós arrinconó su modelo de novela moderna, teorizada en «Observaciones sobre la

novela contemporánea en España» en 1870, para implicarse con las novelas de tesis en la lucha ideológica que se llevaba a cabo a pie de calle en el sexenio de 1868 a 1874, de La Gloriosa a la Restauración. Con estos antecedentes de compromiso patrio tan asentados en su persona, es dable entender la repulsión que experimenta ante el político farsante que entiende el parlamentarismo como un medio para medrar y para farfullar proclamas de contenido huero, cuanto más enmarañadas y herméticas menos serias y comprometidas. En este terreno es *El amigo Manso* paradigma difícil de superar.

«BIEN SE LE CONOCÍA SU ANHELO DE NOTORIEDAD POLÍTICA»

En el nivolesco capítulo inicial —«Yo no existo»— en el que la ficción de Máximo Manso nace a la creación literaria a través de un amplio monólogo interior, santo y seña estilística de la obra como refiere Enrique Miralles (1979, 227-228), el filósofo refiere el objetivo principal de su demiurgo escritor: «perpetrar un detenido crimen novelesco sobre el gran asunto de la educación» (145)<sup>3</sup>. La ironía es consustancial a la estética galdosiana y aquí no iba a ser menos; bien al contrario, tratándose de una sátira política tan incisiva. John Kronik, al estudiar la reseña de Clarín a *El amigo Manso*, recalca en el uso intencionado del humor: «Clarín pone de relieve el humorismo de la narración (...) insistiendo que lo cómico en Galdós jamás es un ingrediente gratuito, capta la sutileza especial del humorismo irónico galdosiano a la vez que reacciona ante los momentos suscitadores de fuertes risas» (1980, 64-65). Galdós, imbuido de esa inercia de compromiso social que como una ley física empuja a los intelectuales hacia la acción, adjetiva su texto de criminal. No va a correr sangre, es cierto; pero a través de ese medio metafórico se plantea la seriedad subyacente con la que va a revisar la educación, uno de los principales asuntos de la época. El catedrático de filosofía Máximo Manso asienta su proyecto educativo en los principios del krausismo, del que sobresale su estricta moralidad. Harriet S. Turner afirma que Máximo «impresiona por su

---

<sup>3</sup> Cualquier acercamiento a *El amigo Manso* ha de examinar, necesariamente, el asunto de la educación, por lo que la bibliografía sobre este aspecto es tan amplia como los numerosos estudios que se han dedicado a esta novela. Señalamos a continuación algunos trabajos que, pensamos, contribuyen a indagar en ese ámbito educativo de tanto significado en la obra: Carlos Blanco Aguinaga, «*El amigo Manso*: la educación pequeño-burguesa y el ciclo céntrico de la sociedad», Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1820-1893)*, Petra-Iraides Cruz Leal, «El problema de la educación en *El amigo Manso*»; Gareth A. Davies, «Galdós' *El amigo Manso*: an experiment in didactic method»; María del Prado Escobar Bonilla, «Galdós y la educación de la mujer»; Denah Lida, «Sobre el krausismo de Galdós»; José Luis Mora García, «La novela galdosiana como interlocutora de la pedagogía institucionista»; Juan López-Morillas, *El krausismo español*; Francisco Juan. Quevedo García, «*El Ideal de la Humanidad*, de Julián Sanz del Río: una fuente galdosiana»; Francisco Juan Quevedo García, «¿Manuel Peña: la esperanza ahogada en *El amigo Manso*?», Joaquín Xirau, «Julián Sanz del Río y el krausismo español».

realidad palpitante, honradez y eficacia. Su mundo moral, lejos de flotar en el vacío, sirve de correctivo a la huera y fantasmagórica sociedad española.» (1980, 385).

La cultura para el krausista es fuente primordial de conocimiento, pero también de aplicación social. No se valora tanto la adquisición de un bagaje cultural, como la proyección de este bagaje en aras de contribuir a una mejora social en todos los órdenes. No descubrimos nada al reparar en la inquietud de Galdós por la cultura como motor de la renovación de la sociedad española junto al trabajo productivo. Alfonso Armas Ayala da cuenta de esa inquietud galdosiana por la educación:

Desde 1872 (*Crónica de la Quincena*), Galdós se planteaba ya esta cuestión: «¿Qué es preferible: el pueblo supersticioso según la escuela antigua, o el pueblo filosófico, según la escuela de La Internacional?». Esto es, el pueblo ignorante o el pueblo educado. Así, en términos tan claros, ya se planteaba Galdós el concepto de la educación del pueblo. Con el propósito de elevarlo y dignificarlo (1989: 213).

Máximo Manso se convierte en ideal de comportamiento, en puro modelo educativo. Su vecina, la carnicera Javiera Rico, representante de pueblo no leído pero juicioso y listo como el hambre, resalta su ejemplaridad: «No conozco otro ejemplo, señor de Manso —me dijo—. Un hombre sin trapicheos, sin ningún vicio (...) Yo hablo todos los días de usted con cuantos me quieren oír y le pongo por modelo... Pero no nacen de estos hombres todos los días» (2001, 159). La moralidad intachable que descuella en Máximo es un faro en el maremágnum de hipocresías que se dan cita a su alrededor, conformando una sociedad que se mueve más por los instintos de la apariencia y la fama que por los de la rectitud. Tres son los personajes que de esta masa común se modelan en torno al catedrático: Irene, la sobrina política de doña Cándida García Grande, la *cinife* por aquello de dedicarse a chupar-pedir la sangre-dinero a sus amistades entre los que se cuenta el filósofo; Manuel Peña, su discípulo particular; y José María, su hermano y su antípodas.

Ya hemos hablado en otra ocasión del significado que tiene para Máximo Manso la figura de Irene (Quevedo García: 2009). Es grata a los ojos del filósofo por su belleza, que alienta en este un amor terrenal fuera de su selecto ámbito ideológico, así como por su disposición a labrarse un futuro como una mujer diferente de la norma tradicional ingresando en la Escuela Normal de Maestras, «por idea propia, llevada del deseo de labrarse una posición y de no depender de nadie. Había hecho exámenes brillantes y obtenido premios. Doña Cándida me ponderaba los varios talentos de su sobrina, que era el asombro de la escuela, una sabia, una filósofa, en fin, una *cosa atroz...*» (184). Sin embargo, como un azucarillo se deshace toda la admiración que posee Máximo sobre Irene cuando esta le cuenta entusiasmadísima que deja

atrás el gusto por los libros, el afán de aprender, su profesión docente por el matrimonio con el prometedor y atractivo Manolito Peña. El moralista Manso dicta sentencia: «era como todas. Los tiempos, la raza, el ambiente no se desmentían en ella. Como si lo viera... desde que se casó no había vuelto a coger un libro» (413).

Manuel Peña es otra de las grandes esperanzas frustradas de Máximo, quizás mayor que Irene. Cuando doña Javiera Rico le pide a su admirado vecino, catedrático de filosofía, que se haga cargo de la instrucción de su hijo Manuel, el profesor, lejos de sentirse molesto o contrariado, se muestra contento con su nuevo quehacer: «Mucho me agradó la confianza que en mí ponía la buena señora, y por lo agradable de la misión, así como por la honra que con ella me hacía, acepté.» (165). Este inicial contento que se advierte en Máximo se va a acrecentar con el conocimiento de las aptitudes de su discípulo:

Iba descubriendo, además, Manolito un don de gentes cual no he visto semejante en ningún chico de su edad. Sabía inspirar vivas simpatías a toda persona con quien hablaba, y su gracia, su fácil expresión, su oportunidad, daban a sus palabras una fuerza convincente y dominadora que le abría las puertas de todos los corazones.

Sabía ponerse al nivel intelectual de su interlocutor hablando con cada uno el lenguaje que le correspondía. Pero lo más digno de alabanza en él era su excelente corazón, cuyas expansiones iban frecuentemente más lejos de lo que los buenos términos de la generosidad piden (186-187).

Galdós establece dos capítulos —el cuarto y el séptimo— en los que aparece ya en sus títulos la condición de discípulo de Manuel. El cuarto se titula: «Manolito Peña, mi discípulo»; y el séptimo: «Contento estaba yo de mi discípulo». Máximo, tan idealista y sumergido en los caminos de la razón y, por otro lado, tan conocedor de la realidad que le hace crítico frente a ésta, encuentra en Manuel una persona a la que puede moldear y atraer a sus ideas filosóficas e ideológicas. En fin, atormentado por el carácter vulgar e inútil, Manuel Peña podría ser la escultura perfecta del catedrático —Pigmalión y Galatea desprovistos del componente amoroso—, está en sus manos convertirlo en el hombre ideal, tanto en sus comportamientos éticos como en su calidad intelectual. Denah Lida nos hace sobre el particular esta interpretación: «No hay más que comparar a Manuel con los José María, los Pez, los Sainz del Bardal, y hasta con los Cimarra, para ver que está por encima de ellos y que representa una esperanza de progreso» (1982, 506-7).

Confirma Denah Lida un pensamiento generalizado en la obra, la necesidad de un progreso encarnado en nuevos hombres que aporten, además de un compromiso social, un maduro raciocinio, proveniente de una educación no enmarcada en bloques monolíticos. La crítica, la búsqueda del porqué a toda circunstancia que concurre a nuestro alrededor, propiciarán personas imbuidas, al menos, de cierta duda ante las acciones suyas o ajenas. Esto es lo que

hace Máximo Manso y lo que desea que realice su discípulo. Manuel Peña es la esperanza de Máximo pero también lo es para otros personajes de la obra. No olvidemos que es su madre la que pide con vehemencia al maestro que dirija su educación. Doña Javiera Rico no cabe en sí al ver los prodigios de su hijo, prodigios sobre todo derivados del arte de la oratoria, a la cual se muestra muy proclive el joven Peña:

—Por allí —prosiguió doña Javiera— no decían más sino: «Este muchacho va a hacer la gran carrera... El mejor día me lo ponen de diputado y de ministro. Vaya un hombrecito...» Figúrese usted, amigo Manso, si estaría yo hueca. Se me caía la baba y lloraba como una tonta. Me daban ganas de ponerme en pie y gritar desde la barandilla del paraíso: «¡Si es mi hijo! Yo lo he parido y lo he criado a mis pechos...» La suerte que me desmayé... En fin, yo estaba loca. El corazón se me había puesto en la garganta... (304).

La gran ilusión de doña Javiera Rico es ver a su hijo en los foros políticos, ámbito cumbre de la sociedad. Este deseo se va a convertir en real, Manuel Peña se constituye en un político de brillante porvenir, lo que significará el desiderátum para la carnicera; que se despoja de inmediato de ese cárnico antecedente traspasando el negocio para favorecer el camino político de su primogénito. Sin embargo, esta meta tan deseada por la señora Rico se convierte en un desengaño para Máximo. El filósofo considera la política como una actividad licenciosa y poco propicia para su discípulo. Cuando el catedrático se halla fuera del mundo terrenal observa a Manuel y formula estas jugosas reflexiones:

De conocimientos experimentales he hallado grandísima copia en Manuel Peña. Lo que yo le enseñé apenas se distingue bajo el espeso fárrago de adquisiciones tan luminosas como prácticas obtenidas en el Congreso y en los combates de la vida política, que es la vida de la acción pura y de la gimnasia volitiva. Manuel hace prodigios en el arte que podríamos llamar de mecánica civil, pues no hay otro que le aventaje en conocer y manejar fuerzas, en buscar hábiles resultados, en vencer pesos, en combinar materiales, en dar saltos arriesgados y estupendos (417-418).

A pesar de que Manuel Peña aparezca en este fragmento de *El amigo Manso* como un verdadero líder en el campo político, para su maestro queda de su aventajado alumno una irónica visión de su transformación, en la cual los conocimientos propiciados por Máximo han quedado en el olvido. No olvidemos que se plantea una dicotomía entre la contemplación y la cotidianeidad real, como subraya Enrique Rubio Cremades: «Con la publicación de *El amigo Manso*, Galdós penetra de forma decisiva en el mundo naturalista confrontando la vida contemplativa con la vida activa» (2001, 323). No obstante, aunque el golpe propiciado por la desviación de Manolito Peña de la senda de perfección diseñada por su maestro es fuerte, la ironía más punzante y continua que se ejerce en la novela se reserva para su propio hermano, cruz de la cara que en la moneda de los comportamientos registra el filósofo. Este, todo moral



y ejercicio noble, ve como José María es símbolo del materialismo, de la presunción y del arte de la apariencia. Por lo tanto, encaja como un guante en el espectáculo de la política circense que denuesta Galdós. Germán Gullón entiende al indiano como un elemento metonímico para apresar el desnorte de España: «Los símbolos tradicionales del poder, la religión, y el oscurantismo político, aparecen sustituidos por la vacuidad de las palabras y del progresismo insulso, que entra en *El amigo* de la mano de José María Manso. De ellos se valdrá Galdós para mostrar que España caminaba sin guía ni centro.» (1993, 685). Es por sus excesos, por su ignorancia, por sus usos sibilinos —intenta seducir a la joven Irene<sup>4</sup>—, por su desfachatez y por su vanidad el candidato ideal a ser caricaturizado. José María Manso es ejemplo del político que llega a los foros sin preparación cultural y política, con unos ideales tan disparatados como sus acciones; producto, en fin, del ocio y de la necesidad de figurar como un personaje relevante dentro del espectro social:

Aunque hacia alarde de sencillez y retraimiento, bien se le conocía su anhelo de notoriedad política. ¡Bendito José! Me lo figuraba en primera línea y a la cabeza de un partido, fracción o grupillo, que se llamaría de los Mansistas. Cuando yo así lo decía, él reía a carcajadas, demostrándome, a través de su jovialidad, el gusto que esta suposición le causaba (230).

Se adecuan a la perfección en la figura de José María Manso estas líneas de Fernando Savater sobre Platón y su *República*: «En La República, Platón dice, no tan irónicamente como parece a primera vista, que lo mejor para ser un buen político es no querer serlo, porque la experiencia nos dice que querer ser político es una malísima señal» (2012, 125). La falta de fe de Galdós en esta tipología política asentada en la vanidad tiene como centro de sus diatribas al hermano de Máximo. Cuando el indiano llega a Madrid, tras su estancia Cuba, comienza a verse tentado por figurar en los espacios políticos. Por ello invierte su ocio en convertirse en un líder de un partido que tiene en su escudo «la democracia rampante». Desde que José María decide convertirse en político hasta el final de la obra, Máximo Manso no cesa de ironizar sobre las inaptitudes de su hermano: su falta de profesionalidad, sus escasos conocimientos, su petulancia irredimible... Todo ello deriva en una caricaturización de José María Manso que subraya su inmoralidad. Las referencias físicas son breves y apuntan, sobre

---

<sup>4</sup> Es este un episodio interesante sobre la moral y la política en la obra. José María Manso intenta —con la ayuda inapreciable de la celestina que es doña Cándida, ávida de dinero y no de honor— lograr los favores de Irene. Al final, se impone el espíritu utilitario del indiano por su vida política que le augura un inminente título de marqués. Ante las amenazas de Máximo en airear el escándalo a todas luces contraproducente para su carrera parlamentaria y social, huye del campo de batalla, en este caso el hogar de doña Cándida. Deja en paz a Irene renegando de la pacata condición de su hermano, un filósofo que vive en las nubes muy alejado del terreno práctico de la realidad: «[...] mi hermano bostezaba oyéndome, y luego se reía, y llamándome con vulgar sorna metafísico, me invitaba a enseñar mi sabiduría a los ángeles del cielo, pues los hombres, según él, no estaban hechos para cosa tan remontada y tan fuera de lo práctico» (202).

todo, a describirlo como el indiano que llega rico de América (Quevedo García: 1993). Galdós aprovecha el sonoro regreso con su familia cubana a España para recalcar dos aspectos reveladores: el primero, su envejecimiento con respecto a su hermano, consecuencia de largas y trabajosas peripecias en tierras americanas antes de enriquecerse con negocios supuestamente ilícitos —«enriquecido al fin súbitamente por la guerra misma, infame aliada de la suerte» (194)—; su poder económico se acrecienta con un matrimonio bien avenido con Lica, una hacendada de Sagua La Grande. El segundo aspecto que sorprende al ver a José María es, precisamente, la ostentación de esa riqueza; por otro lado, muy tópica de la figura del indiano exitoso —no olvidemos que el fracaso fue más generalizado y que el mito de ElDorado solo era una entelequia, aunque cautivadora:

Cuando llegó, sorprendiome verlo lleno de canas. Su cara era de color de tabaco, rugosa y áspera, con cierta transparencia de alquitrán que permitía ver lo amarillo de los tegumentos bajo el tinte resinoso de la epidermis. Estaba todo afeitado como yo. Traía ropa de fina alpaca, sombrero finísimo de Panamá, con cinta negra muy delgada, corbata tan estrecha como la cinta del sombrero, camisa de bordada pechera con botones de brillantes, los cuellos muy abiertos, y botas de charol con las puntas achaflanadas (195).

Contribuye a su caricaturización el espacio. Bien es cierto que en este caso no solo la caricatura se centra en José María sino en toda su familia; pero, afin a los patriarcales usos del XIX, la familia se ve como una extensión del hombre, del *pater familias*, y en este sentido el desorden bullanguero que domina el hogar del indiano no puede ser más indicativo de la falta de rigor, de respeto, de orden moral que es incapaz de imponer. Aunque no seríamos justos del todo si no hiciéramos partícipe de ese desorden a la impronta caribeña que traen desde Cuba: «Casi todos los días tenía que quedarme a comer con la familia, lo cual era cruel martirio para mí, pues en la mesa había más barullo que en el muelle de La Habana» (198). La anarquía gobierna la casa de este sujeto que aspira a convertirse en político, aunque fuese de relumbrón. Ricardo Gullón apuntaba en torno a ese ambiente anárquico que «nada lo documenta mejor que la descripción de una comida familiar: cada cual come lo que quiere y en el orden (o desorden) que se le antoja» (1970, 98). Y Joaquín Casaldueiro instituye el elemento del reloj dentro de la simbología galdosiana. Recuerda el crítico que los relojes en casa de José María —también en la de doña Cándida— casualmente marcan siempre una hora exacta —están parados, como España que se ha detenido retrasándose al compás que marcan otras potencias de primera línea— y son copartícipes de ese desorden irregular que se instaura en su vida:

Galdós ahora, después de oponer la lógica a la cronología. hace que los relojes en casa de José María Manso —el político figurón. hermano de Máximo— y en el cuarto de Doña Cándida —la tramposa embaucadora. tía de Irene— marquen siempre una hora falsa. Irregularidad y desorden, que los mismos personajes hacen notar y Galdós, según acostumbra, recalca; irregularidad y desorden también son las características de la estructura del espacio (1974, 224).

Como vemos, los elementos físicos y espaciales son aprovechados por Galdós para configurar a José María, o desconfigurarlo, a través de su caricaturización. El novelista desmenuza con detalle el proceso gradual que se va produciendo en el indiano en su construcción como político. Primero, la vanidad y el ocio le impulsan a este cometido; paulatinamente comenzará a tener contactos con personajillos, aristócratas, poetas, también con ambiciones de figurar y que ven en la política —y en el dinero de José María— un buen trampolín para conseguirlo. Su vida, su forma de ser, cambia, se transfigura el indiano y su vocabulario se llena del más rico estilo de los políticos. Su jerga es utilizada por Galdós para perfilar la caricatura, una jerga que se construye con unos sonsonetes sonoros pero huecos, inservibles, meros tópicos que demuestran, además de una escasa preparación intelectual, un ínfimo nivel dialéctico. Galdós arremete aquí sin titubeos contra esos descalabros del lenguaje político:

Con este síntoma notaba yo en mi hermano el no menos claro de usar constantemente ciertas formulillas y modos de decir de los políticos. La facilidad con que se había asimilado estos dicharachos probaba su vocación. Decía: «*Estamos a ver venir; los señores que se sientan en aquellos bancos; esto se va; lo primero es hacer país; hay mar de fondo; las minorías tiran a dar, etc.*» Llamaba *cogida* a los fracasos parlamentarios de un orador, y *enchiquerado* al Ministro que estaba bajo la amenaza de una interpelación grave. Nuestro Congreso, que tan alto está en la oratoria, tiene también su estilo flamenco. A mi neófito no se le escapaba tampoco ninguno de los profundos apotegmas que son la única muestra intelectual de muchas celebridades, como por ejemplo: «*Las cosas caen del lado a que se inclinan.*» (230-231).

María Cruz Seoane lleva a cabo, en *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, una rigurosa investigación de los procesos compositivos de la oratoria política. Advertimos como su análisis de este ejercicio expresivo en torno a la década de los 80 coincide plenamente con lo expuesto por Galdós a través de la figura de José María Manso: «Por los años 80 (...) los grandes oradores del 68 entran en decadencia, se repiten a sí mismos, se amaneran, acentúan sus defectos. Sus malos imitadores entran a saco en el acervo común de tópicos y frases hechas (...) Lo que diez años atrás parecía grandioso, empieza a resultar grandilocuo, el oro a revelarse oropel.» (1977, 333).

Además de la extrema desfachatez y suma ignorancia que demuestra esa actitud de José María, que es correa de transmisión de un quehacer político teatral y farsesco, Galdós ironiza con preocupación —«el problema de España» está presente en toda la novela— en las

funestas consecuencias que producirá en el país un gobierno y unas Cortes sustentadas en personas de tan escaso nivel. Este peligro se ha hecho vírico hoy en día, no solo en la sociedad española sino en todo el mundo globalizado, a partir de la implantación de lo que Vargas Llosas denomina *la civilización del espectáculo*:

En la civilización del espectáculo, por desgracia, la influencia que ejerce la cultura sobre la política, en vez de exigirle mantener ciertos estándares de excelencia e integridad, contribuye a deteriorarla moral y cívicamente, estimulando lo que pueda haber en ella de peor, por ejemplo, la mera mojiganga. Ya hemos visto cómo, al compás de la cultura imperante, la política ha ido reemplazando cada vez más las ideas y los ideales, el debate intelectual y los programas, por la mera publicidad y las apariencias. Consecuentemente, la popularidad y el éxito se conquistan no tanto por la inteligencia y la probidad como por la demagogia y el talento histriónico (2012, 129-130).

No solo es puesto en solfa José María, sino todos los políticos que se encaraman al poder sobre la base de su poder económico o por sus habilidades para figurar, no por sus excelentes capacidades de orador o de legislador<sup>5</sup>. Es una elección, el ser político, basada en la resonancia social que encierra. Nótese que la misma doña Javiera Rico ve en los designios que auguran un puesto de diputado a su hijo la máxima expresión de la felicidad. Ser miembro de los foros políticos es una oportunidad única para encumbrarse en la sociedad o, para el que ya está encumbrado, de pavonearse ante la misma. Esto es lo que le sucede a nuestro indiano, que corre de Cuba a Madrid para subir los peldaños del poder. Blanco Aguinaga hace hincapié en José María Manso y en sus ambiciones políticas:

Este José María Manso, al igual que otros indianos de su tiempo ha vuelto a España con una gran fortuna no sólo para quitarse de los problemas de una Cuba ya demasiado revuelta, sino para colocarse socialmente. Ahora bien, directa o indirectamente, la importancia social pasaba en aquel Madrid por la política y por la política se decide José María Manso (1978, 28).

El capítulo IX lleva el intencionado título de «Mi hermano quiere consagrarse al país». En toda la novela se ejerce la censura contra la política deshonesta, pero este capítulo en concreto

---

<sup>5</sup> Un análisis general del discurso político da como triste realidad que se acerca bastante a lo esgrimido por José María Manso, que no hace sino repetir lo que oye en el Congreso. José Álvarez Junco precisa sobre el entramado del discurso político:

«Cualquier observador elemental sabe que la rivalidad por el liderazgo comunitario se asemeja en muy pocos rasgos a la competencia de un mercado ideal: hay, sí, un público ‘comprador’, sujeto paciente de una serie de problemas diarios cuyo origen puede relacionarse con la comunidad (escaseces salariales, agobios fiscales, ineficacia de los servicios públicos, degradación del medio ambiente, arbitrariedades o injusticias cometidas por las autoridades, inseguridad ante la delincuencia, trato político discriminatorio a grupos o culturas minoritarias...) y unos aspirantes a dirigir la vida pública que ofrecen soluciones para tales problemas, en forma de programas. Pero, curiosamente, en las apariciones y debates públicos apenas se tratan las cuestiones prácticas ni se desmenuzan los programas. Ambas cosas se eluden, sustituidas por declaraciones grandilocuentes sobre la capacidad u honestidad del candidato, debates abstractos sobre cuestiones doctrinales, disquisiciones retóricas o autosatisfactorias sobre la grandeza del pasado colectivo, mensajes intimidatorios sobre la perversidad del adversario y los peligros apocalípticos que amenazan a la civilización en cuestión y sus valores morales...» (1987, 221).

es un venero contra las actitudes propias de la más acendrada hipocresía, vinculada a los movimientos populistas y demagógicos. Una de las características más notables de los populistas es su aparente desinterés por liderar la causa política. Llegan al liderato por presiones externas, porque otros ven en ellos al carismático representante que necesitan las masas y que, sobre todo, necesita el país. Por lo tanto, vocean que su ascenso al poder es un sacrificio personal hecho exclusivamente por amor a la patria. Estas palabras de José María Manso redondean sarcásticamente a esos seres tan extremadamente sacrificados:

—Todo me lo dan hecho —dijo—, yo no me muevo, yo no pido nada... Pero se empeñan... Es verdaderamente honroso para mí, y estoy verdaderamente agradecido... Anoche recibí un besalamano del Ministro... Ese señor no me deja ni a sol ni sombra... Yo no busco a nadie; me buscan. Yo quiero estar metido en mi casa, y no me dejan.

Estos alardes de modestia eran un nuevo síntoma de la intoxicación política que empezaba a padecer José, pues es muy propio de los ambiciosos hacer el papel de que no buscan, ni piden, ni quieren salir de las cuatro paredes, y siempre dan, como explicación de sus intrigas, la disculpa de que se les solicita y obliga a ser grandes hombres contra su voluntad (230).

Es mentira y Máximo, su contrapunto moral, lo conoce a la perfección. No solo es su hermano y el narrador homodiegético, sino también es, a pesar de su aparente aislamiento por mor de su dedicación a los estudios filosóficos, buen conocedor de la realidad que lo circunda y de los caracteres humanos —«No era preciso ser zahorí para ver en José María al hombre afanoso de hacer papeles y de figurar en un partidillo de los que se forman todos los días por antojo de cualquier individuo que no tiene otra cosa que hacer» (201)—. Todo forma parte de un plan perfectamente orquestado. Al ocioso indiano, que ve en la política el entretenimiento idóneo para solazarse de sus horas de tedio, le abre las puertas del Congreso su inmejorable condición económica; de ahí a postularse, a dejarse querer para formar parte de una candidatura política donde se forjen sus mayores aspiraciones de notoriedad es todo uno. Galdós va definiendo con sumo rigor los pasos que este personaje ávido de gloria va dando hasta convertirse en ese político de marras. Y en ese proceso se alían la ignorancia y la prepotencia, facultades estas muy peligrosas por separado; pero tremendas si se conjuntan.

En este capítulo observamos uno de los pasajes más interesantes en torno a la concepción política de la obra. La primera intención que tiene Máximo cuando su hermano le confiesa su anhelo, casi obsesivo, de ser orador porque de manera casi espontánea y sospechosa se ha convertido en un *zoon politikon*, no es desanimarlo para que abandone tal pretensión. Bien al contrario, lo alecciona en la línea de una actividad política seria y provechosa que debe tener en cuenta en primer orden el conocimiento concienzudo de las causas que afectan al país. En contra de la vulgar opinión de José María y sus adláteres, la filosofía, la reflexión seria y

razonada es elemento indispensable en una sociedad sana políticamente, como observaba Juan Valera bajo su órbita de político liberal: «la escuela liberal *distingue* todas las nociones por medio de la discusión, procura ilustrar la opinión pública, y propaga al escepticismo o la doctrina filosófica que nos aconseja examinar detenidamente» (2017, 27). El arte de ejercer la política que va a defender Máximo Manso, sin duda, se ajusta a las bases teóricas del ideal político galdosiano. Aunque no estamos de acuerdo con la afirmación de Unamuno sobre el autobiografismo de Galdós en Máximo Manso —«En todos los personajes de un novelista hay algo de éste, pero en Máximo Manso poco, muy poco, que no sea de Galdós» (1979, 269)—, sí cabe entenderse aquí signos del escritor en el trasunto del catedrático de filosofía:

Al oír esto del país, díjele que debía empezar por conocer bien al sujeto de quien tan ardientemente se había enamorado, pues existe un país convencional, puramente hipotético, a quien se refieren todas nuestras campañas y todas nuestras retóricas políticas, ente cuya realidad solo está en los temperamentos ávidos y en las cabezas ligeras de nuestras eminencias. Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando esta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio de la prensa y de la tribuna, cerrar los ojos a todo este aparato decorativo y teatral, y luego darse con alma y cuerpo a la reflexión asidua y a la tenaz observación. Era preciso echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo, y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado. Díjome que no entendía bien mi sistema, y me lo probó llamándome demoledor. Yo tuve que explicarle que el uso de una figura arquitectónica, que siempre viene a la mano hablando de política, no significaba en mí inclinaciones demagógicas. Mostreme indiferente en las formas de gobierno, y añadí que la política era y sería siempre para mí un cuerpo de doctrina, un sabio y metódico conjunto de principios científicos y de reglas de arte, un organismo, en fin, y que, por lo tanto quedaban excluidos de mi sistema las contingencias personales, los subjetivismos perniciosos, los modos escurridizos, las corruptelas de hecho y de lenguaje, las habilidades y agudezas que constituyen entre nosotros todo el arte de gobernar (201-202).

Las últimas líneas funcionan, gracias a esa potente enumeración de comportamientos perniciosos, como un epifonema que recoge el haz y el envés de la política. Justamente, José María Manso, muy lejos de seguir los éticos consejos de su hermano, cae en todos los vicios que apunta el filósofo: la demagogia, el personalismo, la hipocresía, la corrupción, la manipulación del discurso... No hay ser que rezume tanta contradicción con Máximo como José María, una antinomia fraternal que en este capítulo IX, reconvertido por Galdós en un brevísimo ensayo de educación sociopolítica, se acentúa sobremanera. Opuestos, estos polos representan los extremos de la honradez y de falsedad, de la moral intachable gobernada por la idea incólume y de la indecencia manejada por la practicidad, por la aplicable maleabilidad que se ejecuta para conseguir los fines de reivindicarse en el poder; aunque sea mínimo, este es un poder que encandila a José María y colma su vanidad. La ideología le es baladí, irrelevante, cualquier partido es bueno si le permite obtener el escaño y mantenerse en él. Máximo, ante la pregunta de aquel sobre la conveniencia de afiliarse a un partido en concreto,

por simple desconfianza en todo el espectro político le aconseja que «se afiliara al partido más nuevo y fresquito de todos, y él halló oportunísima la idea y dijo con gozo: «Metafísico, has acertado» (202).

Galdós precisa cronológicamente el tiempo narrativo de *El amigo Manso* —«Esta parte de mi relato viene a caer hacia 1877» (184)—. En torno a esta fecha se desarrolla la novela. Estamos en plena Restauración Borbónica. Un año antes, en 1876, se había proclamado la nueva constitución española —la quinta y última de las promulgadas en el siglo XIX: 1812, 1837, 1845, 1869 y 1876—. Cánovas del Castillo, artífice máximo de esta nueva constitución y líder del Partido Liberal-Conservador, sienta las bases de un sistema parlamentario monárquico posibilista; práctico, en suma, haciéndonos eco de la terminología de José María Manso que profesa la línea del Maquiavelo menos escrupuloso —« (...) no se preocupe de caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado» (1989, 131)—. Su hermano le indica, con obvia acritud, que no importa el partido en que se enrole, puesto que todos se conducen por idénticos criterios, creando por lo tanto una pseudodemocracia: «Después me consultó con mucha seriedad que a qué partido debería afiliarse, y le contesté que a cualquiera, pues todos son iguales en sus hechos, y si no lo son en sus doctrinas, es porque estas, que no le importan a nadie, no han sufrido análisis detenido» (202).

Galdós fue un intelectual comprometido con su patria, lo que ineluctablemente lo conduce al posicionamiento político. En 1882 se publica *El amigo Manso*. La tesis apuntada en la novela de que no existe en realidad un verdadero debate de ideas parlamentarias que genere, por el enfrentamiento y por la disparidad de criterios que lleven a un dinamismo social, un necesario empuje en las leyes y en las actuaciones gubernativas, refleja el espíritu del parlamentarismo de esos momentos. La impresión, denunciada en la novela, de que el estado político es un espectáculo circense pero aburrido y sin miras está basado en la configuración bipartidista que se genera a partir de la Restauración para evitar, entre otras cosas, que la monarquía corra el riesgo de lo ocurrido con la Revolución de 1868 ante la aparición de grupos vinculados al socialismo, al anarquismo o al republicanismo. Tengamos en cuenta que el proceso temporal de la trama de la novela coincide con la fundación del PSOE en 1879. Barruntaba, sin duda, Galdós la complicidad de los grandes partidos dinásticos —Partido Liberal-Conservador y Partido Liberal-Fusionista— para llevar a cabo esa política de inmovilidad que acierta a comprender muy bien Máximo Manso. Tal es así que en 1885, tres años después de salir a la luz *El amigo Manso*, se firma el Pacto de El Pardo, en el que los líderes de esos dos grandes partidos, Cánovas y Sagasta, acuerdan un turno pacífico de

gobierno en el poder que conduce al ejercicio de la democracia en una especie de farsa consentida<sup>6</sup>.

Es lógico que en este ámbito de descomposición ética personajes como José María Manso, cuya vanidad es insultante y su ignorancia manifiesta en materias ideológicas y culturales, se sientan en un ambiente muy cómodo. Lo que repercutirá negativamente en un país necesitado de reformas, acuciado por la independencia de sus colonias y por la competitividad que impone la Revolución Industrial, a la que España se va sumando de una manera mucho más lenta que aquellos otros países —Reino Unido, Francia, Alemania; por no hablar ya de Estados Unidos— que toman la delantera y el poder económico y político de Europa. Unas Cortes que poseen como representantes a personas de tan estrecho merecimiento están condenadas a sufrir los embates de prácticas perniciosas, hasta el punto de que se convierten en hábitos inherentes a una institución lamentablemente desprestigiada. Galdós a través de José María golpea con fiereza sobre el yunque de la irresponsabilidad patriótica de unos políticos arribistas, y en ese empeño se atisba la corrupción como un ejercicio normal, rutinario, de tal modo que parece formar parte de la conducta lógica de la estrategia política. Dos muestras mínimas nos permiten comprobar la incidencia de las corruptelas en el indiano. En primer lugar, el uso tendencioso de la prensa. El siglo XIX es el gran detonante de la prensa escrita gracias a la proliferación de las rotativas mecánicas y a la gran demanda de información sobre los grandes cambios sociales que se están produciendo a partir, sobre todo, de la Revolución Inglesa, de la independencia de los Estados Unidos y, claro, de la Revolución Francesa. Los periódicos políticos no son solo unos de los más interesantes documentos de indagación histórica del XIX, sino un importante foro de planteamientos y discusión política, lo que es harto saludable. No lo es, sin embargo, entendido a la manera de José María Manso, como un recurso de medro individual:

¿Será ministro? Me lo temo. Para llegar más pronto ha fundado un periodicozo, que le cuesta mucho dinero y que no tiene más lectores que los individuos del grupo sonambulesco. Sainz del Bardal lo

---

<sup>6</sup> Sobre este bipartidismo son muy esclarecedoras las reflexiones de José Luis Aranguren en *Moral y sociedad: la moral española en el siglo XIX*:

«Esta idea, como ya dijimos al comienzo de este capítulo, la tomó Cánovas lisa y llanamente de Inglaterra. Pero allí reflejaba una realidad, la oposición entre la concepción política de la alta nobleza y la *gentry*, que se expresaba a través del partido conservador, y los industriales y comerciantes, de mentalidad liberal; y la prueba de que respondía a una realidad socioeconómica es que, cuando esta realidad cambió, el partido laborista sustituyó al liberal en el sistema, que fundamentalmente continuó y continúa siendo bipartidista. Pero en España el bipartidismo fue una pura invención de Cánovas, carente de infraestructura socioeconómica. Por eso, tan pronto como Sagasta aceptó el juego, cobró el carácter de un compadrazgo, bueno mientras durase el cansancio y atonía producidos tras el periodo revolucionario, prosiguiese la prosperidad económica y se mantuviese quieta a la clase obrera» (1982, 142-143).



dirige y se lo escribe casi todo, con lo cual está dicho que es el tal diario de lo más enfadoso, pesado y amodorrante que puede concebirse (418).

Por si no hubiésemos calibrado en su justa medida a lo largo de toda la novela la calaña del indiano, en las páginas finales deja Máximo otra nueva constancia de que la dedicación al arte de gobernar por parte de su hermano es producto solo de su vanidad. El patriotismo reivindicado por el catedrático deja paso al individualismo más sardónico, así el sufijo *-azo*, aparte de la función de aumentativo, connota en ocasiones, como la presente en «periodicazo», un valor despectivo. Encaja esta impresión peyorativa de Máximo al enjuiciar la labor que en ese rotativo se lleva a cabo con el único fin de que su dueño llegue nada menos que a ministro. Perversión del ideal político y, sobre todo, enorme ignorancia que de nuevo lo sumerge en la caricatura. El periódico debe ser un chiste si lo dirige el insufrible Francisco de Paula de la Costa y Sainz del Bardal, bardo de luces repetitivas, floridos tópicos que extasían, eso sí, a unas personas cuyos gustos literarios quedaron enclavados en una manera meliflua y empalagosa de entender el romanticismo.

En el capítulo XV, «¿Qué leería?», Máximo acude a la caótica residencia de su hermano. No es precisamente la fraternidad lo que lo impulsa a visitar esta estancia sino el deseo de ver a Irene, que ahora trabaja como institutriz para la familia cubana y que ha desprendido un interés sexual nunca antes experimentado por el filósofo. Sin embargo, Galdós, haciendo un perfecto uso de la expectativa lectora, deja en suspenso esa línea argumental hasta el final del capítulo y se centra aquí en otros vericuetos, entre los que destacamos una acción afín a la falta de escrúpulos que manifiesta el siempre inmoral José María, que ahora refleja sin ambigüedades el uso del nepotismo para favorecer a su hermano, eje de la rectitud:

Almorzamos. Tan afanado estaba José María con su elección y con la política, que ni en la mesa descansaba, y apoyando el periódico en una copa, leía, como a bocados y a sorbos, la sesión del día anterior.

«Ese Cimarra —manifestó en su respiro—, es hombre verdaderamente notable. Dicen que es inmoral... Mira, tú; yo no quiero meterme en la vida privada, ¿eh? En la pública, Cimarra es verdaderamente activo, hábil, muy amigo de sus amigos. Anoche estuvimos hasta las dos en el despacho del ministro... Y ahora que me acuerdo, hablamos de ti. Ya es hora de que pases a una cátedra de Universidad, y bien podría ser que dentro de algún tiempo te calzaras la Dirección de Instrucción Pública... Ea, ea, no vengas con modestias ridículas. Eres verdaderamente una calamidad. Con ese genio nunca saldrás de tu pasito corto» (229).

Lo que el indiano considera una debilidad por parte de Máximo, para este es una categoría. Todo es alcanzable para el práctico José María si se dispone de los recursos adecuados, el nepotismo se visibiliza como una conducta normal en estos parásitos de la política. Por supuesto que el filósofo tiene méritos para ostentar una cátedra de universidad,

incluso para llegar a director de Instrucción Pública —el importante organismo que se encargaba no solo de la reglamentación educativa sino de todo el ámbito cultural, desde bibliotecas a museos—; pero no a través de las decisiones nepotistas de figuras tan deshonestas. En la propia intervención de José María se revela la frontal oposición de su hermano a secundar esos tejemanejes a pesar de que fuera él el beneficiado. Galdós vuelve a incidir en la inmoralidad como sustancial forma de ser de esta clase de políticos detestables. No podemos obviar, en este sentido, la alusión a Federico Cimarra. A José María le resbala lo que se cuenta en torno a la condición perniciosa de Cimarra, lo que es relevante en cualquier caso es su gran habilidad de manipulación en el mundo de la política activa, muy distante de los enunciados abstractos, teóricos, de los pensamientos puros e idealistas de Máximo. La caracterización que de Cimarra hace el narrador filósofo es de una contundencia visceral:

Llevado por Pez fue también Federico Cimarra, hombre que conocen en Madrid hasta las piedras, como le conocían antes los garitos, también diputado de la mayoría de estos que no hablan nunca, pero que saben intrigar por setenta, y afectando independencia, andan a caza de todo negocio no limpio. Constituyen estos antes que una clase, una determinación cancerosa, que secretamente se difunde por todo el cuerpo de la patria, desde la última aldea hasta los Cuerpos Colegisladores (212).

En la misma línea se identifica a Ramón María Pez, otro de los que, al amparo del contagioso tintineo de las riquezas del indiano, se hace asiduo acompañante y amigo íntimo de la familia cubana. Si José María busca un maestro en el arte del politiquero y de la vanidad parlamentaria, Pez es su hombre. Es la más alta cima de la vanidad del político muñidor de todas las piruetas posibles e imposibles dentro de la administración. No hay tarea en este ámbito que se le resista; hace de las recomendaciones un servicio, un tejido de favores que tienen en su persona al máximo hacedor. En definitiva, es la suma constancia de la manipulación y de la corruptela<sup>7</sup>. Galdós arremete una y otra vez contra él, y no solo en *El amigo Manso* como bien precisa Francisco Caudet: «Ramón María Pez —a veces lo llama Manuel— aparece en otras novelas posteriores: *Tormento*, *La de Bringas* o *Miau*. Pero donde está mejor caracterizado es en el capítulo XII, “Los peces (Sermón)”, de *La desheredada*

---

<sup>7</sup> José Álvarez Junco, en «El populismo como problema», se hace eco de la corrupción generalizada en la política de las últimas décadas del XIX y su desestabilizadora influencia social:

«Detrás de tales denuncias lo que había era una preocupación por la construcción de un estado-nación fuerte y competitivo internacionalmente. Los efectos de la “corrupción” eran, en buena medida, económicos: el presupuesto público quedaba sometido al saqueo de políticos y funcionarios sin control, y los pocos fondos que se salvaban de ese saqueo, o bien se orientaban hacia gastos suntuarios o, cuando estaban destinados a ofrecer servicios útiles a la sociedad, no se encontraban con una administración capaz de gestionarlos con eficacia. Pero también eran simbólico-culturales: el estado no podía cumplir la misión galvanizadora del cuerpo social y revitalizadora de la entidad nacional porque estaba dominado por una concepción patrimonializada y localista, en vez de guiarse por virtudes cívicas, ideales patrióticos globales y la racionalidad funcional y anónima de las burocracias modernas» (1994, 34).

(211). En todos los casos, el novelista intensifica su estructural ironía para zarandear a este tipo. Galdós ya apuesta por las individualidades y deja atrás los arquetipos de la novela de costumbres anterior, pero con Pez no deja de remitir al lector a una tipología de actuar y de ser en el terreno de la política, detestable a todas luces. La ironía es el camino que utiliza el escritor para caricaturizar al interfecto:

Pero la gran adquisición de mi hermano fue D. Ramón María Pez. Cuando este hombre asistió a las reuniones, todas las demás figuras se quedaron en segundo término; toda luz palideció ante un astro de tal magnitud. Hasta el poeta sufrió algo de eclipse. Pez era el oráculo de toda aquella gente, y cuando se dignaba expresar su opinión sobre lo que había pasado aquel día en el Congreso, sobre el arreglo de la Hacienda o el uso de la regia prerrogativa, reinaba en torno de él un silencio tan respetuoso que no lo tuvo igual Platón en el célebre jardín de Academos. El buen señor, diputado ministerial y encargado de una Dirección, tenía tal idea de sí mismo, que sus palabras salían revestidas de autoridad sibilina. Obligado por las exigencias sociales, yo no tenía más remedio que poner atención a sus huecos párrafos, que resonaban en mi espíritu con rumor semejante al de un cascarón de huevo vacío cuando se cae al suelo y se aplasta por sí solo. La cortesía me obligaba a oírle; pero mi corazón le despreciaba como despreciamos esa artimaña de feria que llaman la *cabeza parlante* (211-212).

Carlos Moreno incide en la caricaturización de Pez a través de su lenguaje: «La oratoria de Pez es la misma que la habitual en el Congreso de los diputados, ese género ampuloso del que se dan los detalles, vacío de ideas» (2007, 49). La habilidad descriptiva de Galdós se pone al servicio de esa caricatura. Notamos como, tras la riada que el propio Máximo enumera de los aparentes méritos de Pez, el filósofo utiliza solo dos términos —«sibilina» y «huecos»— para echar por tierra a tan alto símbolo de una esquizofrénica meritocracia. La comparación remata la caricatura; sus palabras le suenan a Máximo como «un cascarón de huevo vacío», y el remate a la faena de desintegración caricaturesca de Pez es la similitud con una «cabeza parlante», con lo que termina por ubicarlo en un escenario de feria, de risa, de farsa —«El parlamentarismo no es herejía; no es más que una farsa que divierte poco, cuesta mucho y corrompe más.» (Colomer: 1994, 63)—. Cabezas que, mecánicamente, logran articular sonidos pero que son incapaces de pensar; máquinas divertidas sin contenido en la sesera que, sin embargo, pisotean la política de España.

En *El amigo Manso* es especialmente notoria la relación de personajes que ejercen la política de manera fraudulenta, o al menos muy alejada de los principios morales del filósofo protagonista. El elenco es numeroso. No lo es tanto la fisonomía ética de los elegidos, puesto que forman parte de una caterva que fagocitan estigmas identificadores como la verbosidad huera y una diplomacia palaciega, cuyo principal objetivo es continuar viviendo de las prebendas de ese estamento privilegiado. No en vano, es el que —horror de los horrores para Máximo Manso y para el novelista— controla el poder; aun el más pequeño de sus

correligionarios, el menos influyente, hace gala, ostentación, de pertenecer a una élite<sup>8</sup>. A pesar de esta generalización, el escritor no repite moldes, siempre añade algún aspecto distintivo a sus creaciones, como ocurre con la figura de García Grande, el difunto esposo de la disipadora doña Cándida, «hombre de negocios, de estos que tienen una mano en la política menuda y otra en los negocios gordos, un *bifronte* de esta raza inextinguible y fecundísima, que se reproduce y se cría en los grandes sedimentos fungulares del Congreso y la Bolsa» (171).

Por desgracia se han producido en todas las épocas; pero a partir de la crisis del 2008, de la que todavía se sienten sus tremendos coletazos, la sociedad se ha sensibilizado extraordinariamente contra los escándalos de corrupción política que han generado pingües beneficios económicos a sus ejecutores, así como una condena de la opinión pública —para muchos observadores no lo suficientemente adecuada— hacia la clase política, con lo peligroso que resulta perder la confianza en el poder, como indica Moisés Naím: «La degradación del poder agudiza el problema de la acción colectiva» (2013, 331). En 1882, cuando sale a la luz *El amigo Manso*, es obvio que Galdós no tiene el poder adivinatorio para dar cuenta de los sucesos que acontecen en estos años inciertos del XXI por medio de la figura de García Grande; sin embargo, sí que posee, como el extremado intelectual que es, una clara visión del peligro en el que caerán las sociedades si no se sujetan a una regeneración moral. «De aquellos polvos vienen estos lodos» reza el refrán, y así se atestigua en esta novela, en la que García Grande representa a ese político que se enriquece con negocios ilícitos. Para mayor precisión, el novelista incide en el flaco favor que se le hace al país cuando a la política accede un empresario con el fin de procurarse los recursos necesarios para alcanzar mayor fortuna. La moralidad vuelve a establecerse como condición *sine qua non* para Máximo Manso que no accede a ningún atenuante en favor de tal despreciable sujeto. Se ríe el catedrático de la aparente honradez que aquel atesoraba, y más aún de que fuera su debilidad de carácter la razón de su caída en los negocios inicuos que hicieron que se enriqueciera. Pura

---

<sup>8</sup> En torno a la élite política y a las nefastas consecuencias de que la constituyan personas mediocres con dudosa moral, es muy revelador el ensayo *Moral y política*, de Albert Camus. Extractamos unas líneas publicadas en 1944, con una Francia muy conmocionada por la II Guerra Mundial:

«La verdad es que este pueblo está buscando una moral, pero aún no acaba por definirse. Sin embargo, ya ha dado bastantes pruebas de su abnegación y de su espíritu de sacrificio como para exigir que unos hombres políticos que fueron representativos no lo juzguen con algunas palabras despectivas. Comprendemos muy bien el despecho que puede sentir el señor Herriot al ver que se rechaza una cierta moral política de preguerra. Pero debe resignarse a ello. Los franceses están cansados de las virtudes mediocres; ahora saben cuánto desgarramiento y dolor puede costar un conflicto moral extendido a una nación entera. No es pues de extrañar que se aparten de sus falsas élites, ya que fueron, en primer lugar, las élites de la mediocridad» (1984, 44).

caricatura, juego creativo, sarcasmo en clave de denuncia, es lo que enhebra el novelista para enfatizar la descalificación sobre García Grande:

(...) una nulidad barnizada, agiotista sin genio, orador sin estilo y político sin tacto, que no informaba sino decoraba las situaciones; una sustancia antropomórfica, que bajo la acción de la política apareció cristalizada de distintas maneras, ya como gobernador de provincia, ya como administrador de patronatos, ahora de director general, después de gerente de un desbancado Banco o de un ferrocarril sin carriles.

En estos trotes, García Grande, cuya determinación psicofísica acusaba dos formas primordiales, linfatismo y vanidad, derrochó su fortuna, la de su mujer, y parte no chica de varios patrimonios ajenos, porque una sociedad anónima para asegurarnos la vida, de que fue director gerente, arribó con las economías de media generación, y allá se fue todo al hoyo. Decía que García Grande era honrado, pero débil. ¡Qué gracia! La debilidad y la honradez están siempre mal avenidas, así como la humildad evangélica y el amor a los semejantes suelen andar a la greña con aquel vigor de carácter que el manejo de fondos propios y particulares exige (171).

No hay indulgencia para la inmoralidad. Máximo Manso se erige como molde de rectitud en el terreno de la acción patriótica responsable y, en general, de todos los asuntos que se debaten en esa sociedad española de finales de la década de los 70 y comienzo de la de los 80 del XIX —aunque ciertos deslices en torno a su concepción de la mujer rebaja bastante su condición de hombre racional de amplias miras: tópico de la mujer como ser fantasioso, «no se pagaba de fantasmagorías como la mayor parte de las hembras» (216); racismo enfocado en Remedios, la criada mulata de Lica, su cuñada cubana, «¡Estas razas mezcladas son terribles!» (372)—. Máximo es un ente metanovelesco, su esencia ficticia está probada; sin embargo, Galdós lo articula sobre la base de uno de sus grandes principios narrativos, la verosimilitud. Máximo podía haber sido perfecto, pero sería menos ser humano. Ya es considerablemente perfecto siendo el estandarte de la concepción ética que se enfrenta al resto, llegando a perfilarse por ello como el pimpampum al que todos quieren derribar porque representa el fiel de la balanza de la conciencia cívica. Tras la boda de Irene y Manuel Peña, sus antiguos discípulos, que acreditan la imposibilidad de extender esa conciencia que impulsaba el filósofo, este se deja morir. Con un arreglo literario entre las partes, Máximo, que ya se da por vencido, le pide al autor que lo haga desaparecer y el autor accede: «El mismo perverso amigo que me había llevado al mundo sacome de él, repitiendo el conjuro de marras y las hechicerías diabólicas de la redoma, la gota de tinta y el papel quemado que habían precedido a mi encarnación» (416).

Todavía le queda tiempo al catedrático de echar una última mirada, desde la atalaya de la muerte metanovelesca, a los quedan en la Tierra empeñados en sus afanes. Así se topa con su hermano que no cesa en su empeño de continuar con más éxito si cabe en la carrera política. Para consternación de Máximo, José María enarbola un lema que es el eslabón final de la

caricatura sobre la hipocresía: «Como etiqueta de un frasco, estaba allí el lema de Moralidad y economías. José no pensaba más, ni sabía hablar de otra cosa. Como si hubiera encontrado la piedra filosofal se detiene aún en aquel punto supremo de la humana sabiduría. ¡Moralidad y economías!» (302).

Más allá de la difícil ecuación de estos términos que, si no se oponen, sí que se muestran reacios a conciliarse, lo que chirría con mayor estridencia en este binomio es que postule ese lema el personaje que, con mayor insistencia, ha desarrollado la inmoralidad en la novela. Ironía galdosiana y escepticismo histórico. El escritor ha cumplido con sus deberes; con *El amigo Manso* contribuye a la revisión crítica de un país al que se dedicó tanto desde los foros de la vida pública como desde el de la escritura, dos facetas que Galdós fragua en una sólida arquitectura moral y patriótica.

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ JUNCO, J., “Magia y ética en la retórica política”, *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, José Álvarez Junco, comp., Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 219-270.

— “El populismo como problema”, *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994, pp. 11-38.

ARANGUREN, J. L., *Moral y sociedad: la moral española en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1982.

ARMAS AYALA, A., *Galdós: lectura de una vida*, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias. 1989.

BERKOWITZ, C. H., *Pérez Galdós; spanish liberal crusader*, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 1948.

BLANCO AGUINAGA, C., “El amigo Manso: la educación pequeño-burguesa y el ciclo céntrico de la sociedad”, *La historia y el texto literario*, C. Blanco Aguinaga, Madrid, Nuestra Cultura, 1978, pp. 19-48.

CACHO VIU, V., *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1820-1893)*, Madrid, Rialp, 1963.

CAMUS, A., *Moral y política*, Madrid, Alianza, 1984.

CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, Gredos, 1974.

CAUDET, F., “Introducción”, *El amigo Manso*, Benito Pérez Galdós, Madrid, Cátedra, 2001, pp. 9-140.

COLOMER VIDAL, A., *La exigencia moral en la política: Antonio Aparisi y Guijarro*, Valencia, Universidad de Valencia, Tirant lo Blanch, 1994.

CRUZ LEAL, P. I., “El problema de la educación en *El amigo Manso*”, *Actas del IV Congreso Internacional Galdosiano*, I, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 623-629.

DAVIES, G. A., “Galdós’ *El amigo Manso*: an experiment in didactic method”, *Bulletin of Hispanic Studies*, XXXIX, 1962, pp. 16-30.

ESCOBAR BONILLA, M. del P., “Galdós y la educación de la mujer”, *Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, pp. 165-182.

FEIJOO, B. J., *Teatro crítico universal*, Madrid, Cátedra, 2002.

FUENTES, V., *Galdós demócrata y republicano (escritos y discursos 1907-1915)*. Santa Cruz de Tenerife, Caja Insular de Gran Canaria y Universidad de La Laguna, 1982.

GALLEGO, D. J. y ALONSO, C. M., “El orador y el discurso en *El amigo Manso*”, *Actas del V Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, pp. 109-124.

GULLÓN, G., “Galdós y la lectura posmoderna del texto literario: *El amigo Manso* como ejemplo”, *Actas del IV Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 681-694.

GULLÓN, R., *Técnicas de Galdós*, Madrid, Taurus, 1970.

HINTERHAUSER, H., *Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*. Madrid, Gredos, 1963.

KRONIK, John, “La reseña de Clarín sobre *El amigo Manso*” (“Suplemento Literario” del periódico madrileño *El Día*, número 752, 19 junio 1882, 1-2), *Anales Galdosianos*, XV, 1980, pp. 63-73.

LARRA, M. J. de, “¿Qué dice usted? Que es otra cosa”, *En este país y otros artículos*, Madrid, Alianza, pp. 112-119.

LIDA, D., “Amor y Pedagogía en *El amigo Manso*”, *Historia crítica de la Literatura Española*, tomo 5, Barcelona, Critica, 1982, pp. 502-506.

LIDA, D., “Sobre el krausismo de Galdós”, *Anales Galdosianos*, II, 1967, pp. 1-27.

LÓPEZ MORILLAS, J., *El krausismo español*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

MAQUIAVELO, N., *El príncipe*, Madrid, Cátedra, 1989.

MAURICE, J. y C. SERRANO, J. Costa, *Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, Siglo XXI, 1977.

MIRALLES, E., *La novela española de la Restauración (1875-1885): sus formas y enunciados narrativos*, Barcelona, Puvill, 1979.

MONTESINOS, J. F., *Galdós*, II, Madrid, Castalia, 1980.

MORA GARCÍA, J. L., “La novela galdosiana como interlocutora de la pedagogía institucionista”, *La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española*, Juan López Álvarez, ed., Cádiz, Universidad de Cádiz, 1998, pp. 177-196.

MORENO, C., *Retórica y cursilería. Notas a El amigo Manso de Galdós*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Intercambio Editorial, 2007.

NAÍM, M., *El fin del poder*, Barcelona, Mondadori, 2013.

PÉREZ GALDÓS, B., *El amigo Manso*, Madrid, Cátedra, 2001.

— *La fe nacional*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1973.

— *Trafalgar*, Madrid, Alianza, 1987.



QUEVEDO GARCÍA, F. J., “*El Ideal de la Humanidad*, de Julián Sanz del Río: una fuente galdosiana”, *Homenaje a Alfonso Armas Ayala*, II, Jesús Bombín Quintana, ed., Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2000, pp. 637-657.

— “¿Manuel Peña: la esperanza ahogada en *El amigo Manso*?”, *Revista de Filología*, nº 10, Facultad de Filología de la Universidad de La Laguna, 1991, pp. 371-377.

— “La mujer nueva y la mujer tradicional: apuntes en torno a los modelos femeninos en *El amigo Manso*”, en *Galdós y el siglo XX. Actas del VIII Congreso Internacional Galdosiano*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 2009, pp. 347-359.

— “Tres indianos en la novela galdosiana: Agustín Caballero, Teodoro Golfín y José María Manso”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 479-495.

RODRÍGUEZ BATLLORI, F., *Galdós en su tiempo: estampas de una vida*, Madrid, Augustinus, 1969.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., “*El amigo Manso*, novela política”, *Nuevo Hispanismo*, II, 1982, pp. 57-71.

RUBIO CREMADES, E., *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia, 2001.

SAVATER, F., *Ética de urgencia*, Barcelona, Ariel, 2012.

SEOANE, M<sup>a</sup> C., *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Valencia, Castalia, 1977.

TURNER, H. S., “¿Es Manso un pobre hombre?”, *Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1980, pp. 383-399.

UNAMUNO, M. de, “El amigo Galdós sobre el estilo”, *Benito Pérez Galdós*, Douglass M. Rogers, ed., Madrid, Taurus, 1979, pp. 269-271.

VALERA, J., *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*, por D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <https://goo.gl/26zZQJ>, 24-7-2017.

VARGAS LLOSA, M., *La civilización del espectáculo*, Madrid, Alfaguara, 2012.

XIRAU, J., “Julián Sanz del Río y el krausismo español», *Cuadernos Americanos*, 4, 1944, pp. 55-71.